

DEVOCION

A LAS TRES HORAS DE AGONIA

Y A LAS SIETE PALABRAS

DE NUESTRO REDENTOR JESUCRISTO,

PARA

EL VIERNES DE DOLORES Y EL VIERNES SANTO.

INTRODUCCION.

Fieles cristianos, redimidos con la sangre preciosísima de Jesucristo, ya hemos llegado, por la divina piedad, al santo día, y puntualmente á la hora en que fué crucificado nuestro amabilísimo Redentor: esta es la hora en que fué extendido sobre la cruz, y en la cual los desapiadados verdugos á repetidos golpes de martillo le traspasaron los piés y manos. Esta es la hora, en que los verdugos levantaron el tronco infame, y quedó suspenso en el aire pendiente de tres clavos aquel



cuerpo adorable, obra del Espíritu Santo. Ah! ;Quién será capaz de explicar con palabras el tormento acerbísimo de esta situacion; el dolor intensísimo, con que los clavos le aprietan á la cruz: el peso de todo el cuerpo, que no puede apoyarse sobre sus piés sin redoblarle el martirio, ni sostenerse con las manos! ;Quién podrá decir la copia de sangre, que á arroyos despiden las heridas de piés y manos! ;Quién es capaz de comprender el extremado rubor que padece un hombre Dios al verse desnudo delante de un inmenso pueblo; aquella sed mortal que le atormenta; aquel abandono, aquella agonía!... ;Ah! hermanos míos muy amados, ved aquí el objeto lamentable de nuestra compasion: ved aquí el objeto adorable de nuestro culto y de nuestros mas fervorosos afectos. Jesucristo, Dios de bondad y misericordia, Jesucristo, nuestro Rey, nuestro Padre, nuestro Bienhechor y Salvador amantísimo, agonizando por nosotros á fuerza de agudísimos dolores, y de angustias mortales. ;Oh cuán justos son, y cuánto obligan estos títulos, para que se conmueva todo nuestro espíritu, y se resientan nuestras entrañas! ;Cómo podremos negarnos, y mirar con indiferencia una muerte tan amarga y cruel, de la cual somos la causa nosotros mismos, y cuyas ventajas son tambien para todos nosotros?

Vamos pues á hacer compañía con nuestro espíritu sobre el calvario en estas tres horas postre-

ras á un Dios Hombre, que sacrifica espontáneamente la propia vida por nuestro amor, y á ofrecerle algun alivio, á lo menos con nuestro llanto y compasion; siendo cosa tan conforme á la razon y justicia, que los hijos asistan de buena gana, y den algun socorro á su moribundo padre. Vamos tambien, porque el mismo Jesus desde su cruz está llamando á todos los mortales: *Venite ad me omnes*: y los espera con los brazos abiertos, para darles con el último abrazo la mas sensible prueba de su infinito amor, muriendo por todos en un abismo de penas. Vamos asimismo, porque este amorosísimo Padre nos llama hijos: *Venite filii, audite me*: para darnos los últimos consejos y enseñanza del arte importantísimo del bien morir, á vista de sus heroicos ejemplos. Vamos finalmente, hermanos, á recibir la pingüe y copiosa herencia que nos deja de sus méritos infinitos nuestro amorosísimo Redentor, el precio inestimable de su divina sangre, y la dulce adopcion y tutela de su Santísima Madre para madre nuestra, y seguridad de nuestra salud eterna. Amen.

Acabada esta introduccion cantan los músicos el siguiente llamamiento.

Por el pueblo fementido,
Ya clavado en un madero,
Va Jesus, manso Cordero,
Sobre el Gólgota á espirar.

Los que son á Jesus fieles
No malogren los momentos,
Y sus últimos acentos
Vengan prontos á escuchar.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

HIMNO DEL ESPIRITU SANTO.

Veni, creator Spiritus! etc.

Ven, criador Espíritu divino,
Nuestras potencias con tu amor inflama,
Y los humanos pechos que criaste,
Llena benigno de divina gracia.

Tú eres aquel Paráclito bendito,
Del altísimo Dios dádiva santa,
Caridad, fuente viva, fuego puro,
Remedio general, y uncion sagrada.

Tú por tus siete sacrosantos dones,
Dedo de la paterna Diestra sabia,
Eres promesa suya, que enriquece
Apostólicas lenguas y gargantas.

Enciende en los sentidos tu luz pura,
Infunde el santo amor en nuestras almas;
Y á la fragilidad de nuestros cuerpos,
Dé perpetuo vigor tu mano grata.

De nosotros arroja al enemigo;
Danos la paz de todos esperada,
Para que siendo así tú nuestra guia,

Evitemos por tí toda desgracia.

Conozcamos al padre por tu influjo,
Al Hijo, y á tí mismo, su luz clara,
Espíritu supremo, que procedes,
Del amor de los dos, divina llama.

Sea al Eterno Padre gloria eterna,
Y al Hijo victorioso, que con palma,
Resucitó del seno de la muerte,
Por los siglos que en tí nunca se acaban.

ÿ. Enviad vuestro espíritu, y se criarán.

R. Y se renovará el semblante de la tierra.

OREMOS.

¡Oh Dios que enseñaste á los corazones de los fieles con la ilustracion del Espíritu Santo! Concédenos saber lo bueno en el mismo Espíritu, y alegrarnos siempre con su consolacion : por Jesucristo nuestro Señor, etc.

Luego se dice la siguiente

ORACION.

Dolorosísima Virgen María, ¡quién podrá explicar vuestro inmenso dolor, cuando al pié de la cruz visteis agonizar por espacio de tres horas á vuestro divino hijo Jesus! Mirad, Señora, á estos vuestros siervos, aunque indignos, aquí reunidos, para acompañaros en estas tres funestísimas horas. Postrados á vuestros piés, ¡oh Reina de los Mártires! os suplicamos, que nos alcanceis un vivo y

claro conocimiento de lo que en este tiempo padeció Jesus, y tengamos una tiernísima compasion de vuestros dolores; y pues oisteis tan de cerca sus siete últimas palabras de vida eterna, enseñadnos, ¡oh Madre nuestra! á meditarlas, é imprimid en nuestros corazones la última voluntad de nuestro moribundo Padre; y haced que asistamos á su agonía, de modo que por ella merezcamos vuestra asistencia en las agonías de nuestra muerte.

Acabada esta oracion todos se sientan, y el director estando en pié, descubierta la cabeza, dice en alta voz :

LA PRIMERA PALABRA

QUE DIJO EL SEÑOR EN LA CRUZ :

Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

Puesto nuestro Señor Jesucristo, como maestro en la cátedra de la cruz, y habiendo hasta entonces guardado el mas profundo silencio, abrió sus divinos labios, para enseñar al mundo, en siete palabras, la doctrina mas alta de su amor. Atiende pues, ¡oh alma! aviva tus potencias, y observa bien, que es el mismo Dios quien te amaestra, y te tomará estrecha cuenta de estas siete lecciones. ¡Oh Jesus amoroso! ¡Oh maestro divino! hablad, Señor, que vuestros hijos os están oyendo.

Toda la naturaleza se conmovia al ver á su Criador padecer agravios tan atroces. Se oscu-

rece el cielo en negras sombras : estaba ya la tierra para dar horribles temblores; las piedras para despedazarse unas contra otras, y las sepulturas para abrirse por sí mismas; los ángeles atónitos mirando á su Señor entre tan crueles tormentos; y los demonios llenos de rabia y envidia, viendo que no se descargaba sobre los hombres el merecido castigo de sus culpas, como se había ejecutado con ellos. Podemos imaginar, que irritada la naturaleza, pidiese al Eterno Padre contra los pecadores justicia y venganza : *¿Usquequo, Domine Sanctus, et verax, non vindicas Sanguinem Filii tui?* ¿Cuanto tardaréis todavía, Señor justo y santo, en tomar venganza de los pecadores por la sangre de vuestro inocentísimo Hijo? Y que cuando á un tal clamor la Divina justicia estaba ya para vibrar el rayo vengador de sus iras. Entonces el Redentor del mundo mostrando su infinita caridad, alzando sus oscurecidos ojos al Eterno Padre, y representándole su obediencia y sus méritos, le dijese : Señor y Padre mio, detened el brazo de vuestra justicia, por esta cruz en que muero; por la sangre que estoy derramando, os suplico que perdoneis á los pecadores las culpas que han cometido crucificándome : perdonadles, ¡oh padre mio! porque no saben lo que hacen.

¡Oh alma pecadora; abre los ojos y oídos, y escucha á Jesus, que en esta primera palabra llama Padre tuyo y de todos los hombres á su Eterno

Padre; reconoce la grandeza de tu origen, y que no eres hijo de otro padre, que de Dios. ¡Oh Padre Eterno, vos mi padre, y yo hijo vuestro tan discolo y delincuente! ¡Cual ceguedad la mia en alejarme de vos! ¡Cual necedad dejar vuestra gracia y amor por el vil amor de las criaturas! Despues, ¿donde me conducen mis pecados? ¡En qué estado me hallo desde que os ofendí! Voy á perecer miserablemente por mis delitos. ¿A quien volveré mis ojos, sino á voz, Padre benignísimo? ¿Mas cómo podrá un ingrato volver á la presencia de un padre, á quien tanto ha ofendido? Pero sí, alma afligida, vuelve á él, pues finalmente es padre tuyo. Volveré, sí, pero, ¡ah Dios mio! que me faltan las fuerzas, porque son sin número mis culpas y maldades; pero vuelve, alma arrepentida, que él es tu padre, y tu mismo hermano Jesus, á quien has crucificado con tus culpas, y el que te introduce y ruega al Padre soberano, que te perdone tus pecados, ofreciéndole por ellos su preciosísima sangre. ¡Oh Jesus mio! ¡Oh hermano amorosísimo! dadme á besar esos piés, que bañaré con mis lágrimas. Vos pedis el perdon de mis iniquidades y abominaciones, ¿y yo no muero por vos? ¡Ay de mí, qué dureza es la mia! Pero véte á él con toda confianza, alma arrepentida : id á él, pecadores todos, á conseguir misericordia, que ya el cielo os la ofrece abundante, porque el amorosísimo Jesus ruega por todos al Eterno Padre, y le dice : Aquí

teneis : Señor, los miserables pecadores : no mireis á que ellos me hayan crucificado, sino á que yo muero por ellos : no mireis á su ignorancia, sino á mi amor : no mireis á su ingratitud, sino á la sangre que yo he derramado : no mireis á sus culpas, sino á la vida que os ofrezco por ellos en esta cruz : perdonadles, Padre mio, perdonadles, porque no saben lo que hacen.

¡ Oh caridad infinita de nuestro amantísimo Jesus, cuyo incendio amoroso no pudieron apagar las aguas de tantas tribulaciones y tormentos ! ¡ Oh cuán alta doctrina nos enseña en esta su primera palabra ! Observa, oh alma ! cómo excusa del modo que puede á aquellos que le crucifican ; y cómo perdona á sus crueles enemigos, y en ellos á todos los pecadores que le ofenden y vuelven á crucificar. Aprende, oh alma ! de este ejemplo á perdonar los defectos de tus prójimos, aunque sean tus enemigos, atribuyendo sus faltas no á malicia, sino á ignorancia ó inadvertencia, ó zelo mal entendido, ó á otra menos maligna intencion. ¡ Oh qué cargo tan espantoso tiene sobre sí el vengativo que no quiere perdonar las injurias que se le han hecho ! Jesucristo ruega al Eterno Padre que perdone los ultrajes, delitos, pensamientos, palabras, y tantas malas obras con que otra vez y muchas veces lo crucificas, cuando tú ni aun sufres la menor palabra, ni un ligero desaire por Jesucristo. ¿ Qué tiene de cristiano el que no quiere imitar á

Cristo en perdonar á sus enemigos ? Si acaricias á quien te lisongea ó te hace beneficios, y muerdes á quien te ofende, ¿ qué diferencia habrá entre tí y el bruto ? Jesucristo te tratará del mismo modo, y te negará todo lo que niegas á tu prójimo. ¿ Le niegas la palabra, la salutacion, la vista, no le das la mano ? Tampoco Jesus te dirá una buena palabra, ni te concederá su vista. Perdona, oh cristiano ! si quieres que Jesus te perdone. ¡ Oh Dios, de quien es propio tener misericordia y perdonar, yo perdono una y mil veces á todos mis enemigos en reverencia de vuestro Santísimo Hijo, para que así tambien me perdoneis vos las innumerables culpas y ofensas gravísimas, que he cometido contra vuestra divina Magestad ! No supe, Señor, lo que me hacia cuando os ofendí ; y si por haber sido tan ingrato contra vos, no merezco ser oido, lo merece vuestro amado Hijo, que por su sangre y sus agonías en esta hora, os suplica me perdoneis. Padre piadosísimo, yo tambien os pido misericordia por vuestro amantísimo Hijo Jesus.

Se medita sobre esta leccion mientras canta la música.

Perdon, piedad, clemencia,
Yo de mil culpas reo,
Justo Dios, bien lo veo,
No merezco alcanzar.
¿ Mas de Jesus al ruego

Sordo tambien sereis ?
¿ Podreis, Señor, podreis
Dejar de perdonar ?

Despues, arrodillándose todos, recita el director la siguiente

ORACION.

Oh Madre de misericordia! si el justo Juez nos disculpa, y desde el tribunal de su cruz procura conseguirnos el perdon, ¿ qué no debemos esperar de vos, que sois la abogada y refugio de los pecadores ? ¡ Ah ! Madre piadosa, para hacernos dignos del general perdon que Jesus nos concede, solo se requiere que vos nos alcanceis una verdadera contrición de nuestros pecados; esto os suplicamos por medio de las diez saluciones, con las cuales invocamos vuestro patrocinio.

Padre nuestro, diez Ave Marias, Gloria Patri, etc.

Despues se pasa á la segunda Palabra, en la cual, como en las otras, se observará el mismo método que en la primera; y así tornando todos á sentarse, el director anuncia la segunda Palabra como anunció la primera, y el lector lee la meditación siguiente.

LA SEGUNDA PALABRA

QUE DIJO EL SEÑOR AL BUEN LADRON.

Hoy estarás conmigo en el Paraiso.

Considera, alma devota, á Jesus en medio de dos pecadores, el uno arrepentido, y el otro obstinado; el uno que se salva, el otro que se condena. ¡ Oh misterios profundos de la predestinacion ! ¡ Oh alma, que oyes la diferencia impenetrable de estas dos suertes ! observa bien en tu interior á cual clase perteneces tú, ¿ á la del buen ladron que se salvó, ó á la del malo que se condenó ? Te salvarás tú con el bueno, ó te condenarás con el malo ? ¿ Quien sabe si alguno ó algunos de los presentes irá á hacer compañía al mal ladron en el infierno ? ¡ Oh punto espantosísimo ! Hombre, que vives tan negligente, muger tan distraida en materia tan incierta y dudosa, piensa á cual de estos dos ladrones tienes envidia, ó deseo de cual suerte, si al bueno y humilde; ¿ porqué tú no lo eres, y te mantienes como el malo soberbio en la infame cruz de tus vicios, soberbio y obstinado ? El mal ladron se revuelve contra Jesus, y como renegado le injuria y escarnece, cual si fuera un Dios fingido. Lo mismo hace el que peca, el que maldice, reniega ó blasfema, añadiendo á la ofensa de los pecados la contumelia de las irrisiones y desprecios : no

así el ladrón feliz, que iluminado con los divinos rayos de Jesus, le reconoce, le confiesa, le adora y le suplica como á su verdadero Dios. ¡Oh Señor, cuan penetrante y eficaz es vuestra divina luz! No cerreis á ella vuestros ojos, oh almas cristianas! no hagais inútiles las inspiraciones y llamamientos que interiormente sentís.

El hombre feliz se vuelve á Cristo y le dice: Señor, en vos confié, espero en vos, sois mi Dios, mi Señor, mi Redentor: *acordaos de mí cuando os hallareis en vuestro reino.* ¡Oh pecador dichosísimo! ¿Y quien te dijo, hombre facineroso, que este crucificado fuese tu Dios y tu Redentor? ¡Qué vergüenza é infamia para los Judíos ver que un ladrón confiesa á Jesucristo en la cruz, cuando ellos le niegan despues de haber visto tantos milagros! ¡Mas cuantos cristianos le confiesan con la boca, le niegan con las obras! ¿Cómo lo confiesas tú, hombre sensual y vicioso? ¿y cómo lo confiesas tú, muger desenvuelta y escandalosa? Si en tu confesion no eres tan constante para morir en ella como el buen ladrón, ántes apenas hecha tu confesion, vuelves á tus maldades y escándalos, con esta confesion solo de boca, te quedas obstinado y réprobo como el mal ladrón.

En el mismo momento que oyó Cristo la voz de aquel hombre pecador, que le confesaba y pedia perdón, sin la menor tardanza le perdonó las culpas y las penas. *Hoy, le dice, estarás conmigo en*

el Paraiso, hoy mismo, viernes de mis dolores. ¡Oh día memorable! ¿Quien será el que no se aproveche de tí? ¡Oh pecador feliz y venturoso! en gran día acudiste al Redentor, cuando ya estaba con la llave del Paraiso en sus manos. Hoy, oh almas fieles! no es día de penas para el hombre, que las penas todas se las tomó Jesus para sí: hoy para el que se arrepiente no hay infierno, porque el infierno se lo tomó Jesus en sus dolores: hoy para el pecador todo es suavidad, paraiso y gloria. Venid pues, pecadores los mas enormes, á gozar de tan favorable tiempo, y conseguir vuestro perdón. ¿Y quien será el que no lo procure, ¡oh Jesus benignísimo! siendo vos tan liberal, profuso, y pródigo del cielo? ¡Oh corazón dulcísimo! todo amor, todo ansia de salvar á los pecadores, comunicad al mundo esta piedad, encended en este afecto á todo el mundo; mirad los muchos que imitan al mal ladrón, y como se llena el infierno, no solo de gentiles, judíos y hereges, sino tambien de cristianos. ¡Qué lamentable infelicidad! ¡Será posible, oh Jesus mio, que aun hoy se hayan de condenar muchos, y que se malogre en ellos el infinito precio de vuestra sangre! Piedad, Señor, para los cristianos: salvad á vuestra grey: no triunfe nuestro enemigo el demonio: salvadnos hoy á todos, y perdonadnos; pues todos arrepentidos con el buen ladrón os confesamos por nuestro Dios y Redentor, y proponemos hacer una

verdadera confesion, para la cual os pedimos un eficazísimo dolor, y que os acordeis de nosotros en vuestro reino.

Quando muerte implacable se avance,
Y en sus sombras envuelva mi vida,
Ah! Señor, no te olvides de mí;
Tú me asiste en el hórrido trance,
Y haz que mi alma en tu seno acogida,
A gozar vaya siempre de tí.

ORACION.

¡Oh Madre Santísima de Jesus! si la oracion de un malhechor fué tan eficaz para conseguir el perdón y la salvacion eterna, cuánto mas eficaz será la vuestra! A vos pues recurrimos, que sois nuestra segura esperanza, y á vos enderezamos nuestra súplica, para que Jesus vuestro hijo, se acuerde de nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte.

Padre nuestro, diez Ave Marias, Gloria Patri, etc.

LA TERCERA PALABRA

QUE DIJO EL SEÑOR A SU MADRE SANTISIMA:

Muger, he ahí tu hijo;

Y AL DISCIPULO JUAN:

He ahí tu madre.

Viendo el Salvador, desde lo alto de la cruz, á su Madre amorosísima anegada en un mar de

amargura, se excitó en su doloroso seno una nueva avenida de cuidados y angustias, entregándole por hijos todos los mortales en la persona de Juan. ¡Oh Madre afligidísima, y qué nueva espada es esta, que tambien os atraviesa el corazón! Vuestro divino hijo Jesus os recomienda todos los pecadores, para que los recibais por hijos en lugar suyo. ¡Oh cambio sensibilísimo! Perdeis en Jesus un hijo tan amable, ¿y habeis de acoger por hijos á los pecadores tan villanos y perversos, y que han crucificado tantas veces con sus culpas á vuestro mismo hijo? ¡Oh Señora afligidísima, todavía ha de haber mas tormentos para vos! ¡y habeis de sufrir tanto peso, tanta ingratitud de tantos malvados hijos! ¡Oh caridad infinita del Salvador para con los pecadores, dándoles por madre la suya propia!

¡Oh suma piedad de la Madre, que compasiva, amorosa y tierna, recibe desde aquel punto, cual madre solícita, á todos los hombres en su piadoso seno! ¡Oh refugio universal del mundo entero, cómo podrá nuestro corazón mostraros el reconocimiento, respeto y amor que os debemos, por admitirnos como hijos vuestros! ¿Y con cuales obsequios podremos corresponderos! ¡Oh felices pecadores, considerad bien qué madre teneis! Vuestra madre es María, la misma madre de Dios: madre llena de gracia, de santidad y de pureza, con la cual no dicen bien hijos tan dese-

mejantes é inmundos. Pero vos ; oh gran Señora! ayudadnos con vuestro patrocinio á ser dignos hijos vuestros.

Debió temblar todo el infierno al oír esta palabra de Cristo, y encenderse mas la envidia de los demonios. Oid, hombres todos, oiga el infierno: María es madre de los pecadores, madre de los justos, madre de todos. Una y mil veces besamos, Señora, vuestros sagrados piés. Alcanzadnos vos, que os miremos, amemos y sirvamos como hijos vuestros, y en cuanto es posible, como os ama vuestro hijo Jesus.

Vuestros afectos mas tiernos, almas devotas, deben ser para esta vuestra madre: en ella hallareis reunidos todos los bienes de su misericordia, porque no se consigue el perdon, sino por medio de María; Nadie pide y recibe beneficio alguno, nadie se salva, sino por medio de María. ; Oh amorosísimo y liberalísimo Jesus! ¿cual exceso de amor á los hombres os empeñó á concederles tambien por suya esta madre vuestra? Ella tambien semejantísima á su Divino hijo, admite la oferta y el encargo de ser nuestra madre; y ya que empieza á serlo traspasada de dolores, no se los aumentemos con nuestras culpas. Pidámosle nos alcance el perdon de ellas, y que nos mire desde hoy para siempre como hijos, y mucho mas en la hora terrible de la muerte. Ojalá, Señora y madre nuestra, muriésemos hoy de

amor y de dolor, con vos al pié de esta cruz: recibid este nuestro deseo; y aunque tarde mas en llegar nuestra muerte, os suplicamos y esperamos que sea á los piés vuestros, y de nuestro amorosísimo Jesus.

A mí tus ojos
 Vuelve amorosa,
 Madre piadosa,
 Pues á cual hijo,
 Jesus lo dijo,
 Me has de mirar.
 ; Ah, de honor tanto
 Digno yo fuera!
 ; Ah, de amor santo
 Mi pecho ardiera!
 No, no haya instante,
 En que inconstante,
 El alma mia,
 Jesus, María
 Deje de amar.

ORACION.

; Oh madre nuestra amorosísima! bien conocemos y confesamos no ser dignos del nombre de hijos vuestros; pero el piadosísimo Jesus antes de morir os nombra y deja por madre nuestra, como se lo habeis oido. Como á nuestra madre pues os pedimos por el corazon santísimo de vuestro di-

vino hijo Jesus, que nos hagais humildes, castos y verdaderos hijos vuestros.

Padre nuestro, diez Ave Marías, Gloria Patri, etc.

LA CUARTA PALABRA

QUE DIJO EL SEÑOR EN LA CRUZ:

Dios mio, ¿porqué me habeis abandonado?

Despues de haber satisfecho el Salvador á las atentas solicitudes del Redentor del mundo, pedido perdon para los pecadores, y escogido y declarado madre de todòs los hombres á la santísima Virgen María, comenzaron á hacerse mas vivas y sensibles las penas y angustias que estaba padeciendo. Exhausto ya y consumido por la pérdida de su sangre empiezan á asaltarle los deliquios y agonías de la muerte: la fantasía le renueva y aviva la memoria de las enormes ingratitudes de los hombres: se le representan por una parte las injurias gravísimas de los pecadores, la tibieza y debilidad de los buenos; y por otra parte ve intuitivamente el amor infinito de su Eterno Padre á los hombres, el olvido de estos, y mala correspondencia á finezas tan grandes, la rebelde obstinacion de los impíos, el desprecio de su santísima pasion, los pocos que se aprovecharian de su cruz y de su muerte, los innumerables que se condenarian, el dolor de su santí-

sima Madre, el temor y espanto de sus tristes Apóstoles y discípulos, las atroces persecuciones de la Iglesia su esposa; y juntos todos estos motivos á sus tormentos y dolores, con la cabeza traspasada de espinas, con las sienes penetradas de aquellas puntas agudísimas, con los ojos empañados del polvo y de la sangre, con las espaldas despedazadas, oprimido el pecho, rotos piés y manos. ¡Oh Jesus mio, tan infinito en tus dolores, como inmenso en tu paciencia!

En estado de tan inexplicable desolacion, comenzó á agonizar en su espíritu, y creció la agonia, viendo que su Padre le dejaba padecer sin consuelo alguno, tantos tormentos en el cuerpo y tantos afanes en el alma, prorumpiendo en un tristísimo gemido, dijo: ¡Dios mio, Dios mio! ¿porqué me habeis abandonado? ¡Oh amabilísimo Jesus mio! la ocasion de vuestro abandono fueron mis pecados. Mira, ¡oh alma mia descaminada! el abandono que sufre el Hijo de Dios por tus desvíos, y tiembla, porque tu castigo puede ser otro abandono, en que Dios te deje, y asi abandonada, no tendrás á quién volver los ojos; ¿porqué quieres perderte? *¿Ut quid?* Responde á Jesus, que aun agonizando te pregunta: ¿Porqué quieres perderte? ¿Porqué quieres hacer infructuosa mi sangre y tu redencion? ¿Porqué quieres condenarte? *¿Ut quid?* Por pasiones y afectos terrenos y viles, por un placer torpe, por

un interes caduco que desaparece en el aire, y acaba desgraciadamente. ¡ Ah, Señor, cuanta razon teneis! Y porqué habré yo de perderme estando vos en esa cruz por mí? ¿ Porqué condenarme, derramando vos por mí esa preciosísima sangre? ¿ Porqué tendré la loca temeridad de despreciarla? No, Salvador mio, no será así. Dígalo mi dolor, mi arrepentimiento, y la súplica que os hago de que no me abandonéis por vuestro santísimo desamparo.

¡ A tanto, por mi bien,
Jesus, tu amor llegó!
¡ De tu Padre tambien
Abandonado estás!
¿ Y por tí nada yo,
Nada querré sufrir?
¿ Te podré abandonar?
¡ Jesus! antes morir.
No mas, no mas pecar;
No mas pecar, no mas.

ORACION.

¡ Oh hija del Eterno Padre, Maria Santísima! ya veis la caridad con que ha abandonado á Jesus, por socorremos á vos: ¡ cuanto pues debemos esperar de vos, que sois la hija mas semejante al Padre celestial! Bien seguros de vuestro amor y proteccion, os pedimos, Señora, no permitais que

nos apartemos de vos con el peligrósimo abandono de vuestra devocion, y recurso á vuestra piedad en todas nuestras tentaciones y peligros.

Padre nuestro, diez Ave Marias, Gloria Patri, etc.

LA QUINTA PALABRA

QUE DIJO EL SEÑOR EN LA CRUZ:

Sed tengo.

¿ Qué entendimiento podrá comprender las causas que en esta extremidad hicieron mas viva y ardiente la sed de nuestro dulcísimo Salvador? Pegada al paladar aquella lengua que fué instrumento de tantas maravillas; secos por tantos tormentos aquellos labios amorosos; exhausto de sangre y de sudor, era indecible la sed que le atormentaba; por lo que con ronca, pero tierna voz, exclamó: *sed tengo*. ¡ Oh Jesus mio! ¿ cuál es tu sed, que tanto os molesta y abrasa? Era esta la sed insaciable de mayores tormentos por nuestra salud, sed ardentísima de almas: como si dijese: en este afan y agonía, no tengo otro consuelo que el que me den mis amados hijos y devotos con su arrepentimiento y lágrimas que derramaren de contricion. Llorad pues, almas amantes de Jesus, que os las pide árido y sediento. ¿ Quien dará, Señor, algun alivio á vuestra sed, dejando de pecar, y doliéndose en el alma de ha-

ber pecado? *Sitio*, tengo sed. ¿Quién os dará refrigerio buscando las orejas perdidas, y conduciendo á vos otras muchas? Yo por mi parte buscaré almas, enseñaré á los ignorantes vuestra ley, exhortaré á los malos con palabras, y con el ejemplo, y otros muchos harán lo mismo mejor que yo. *Sitio*, sed tengo. ¿De qué mas? De amor mas grande. Mirad pues, Salvador nuestro, víctimas de vuestro amor, por el cual morirán innumerables vírgenes, mártires y confesores. *Sitio*, tengo sed. ¿De qué mas, Señor? De que el mundo se salve. Pues consolaos, que vuestros apóstoles y discípulos convertirán á vos reinos enteros, almas á millones. El gran Domingo, y el gran Francisco, os ganarán innumerables hasta el fin del mundo. *Sitio*, tengo sed: vengan todavía mas almas. Mirad, Señor, que inflamado Ignacio os conducirá hereges, gentiles, pecadores sin número, encendiendo con vuestro santo nombre el fuego de vuestro amor en todas las naciones, y su hijo, el prodigioso Xavier, conquistará para vos un nuevo mundo. *Sitio*, tengo sed: aun mas almas, vengan aun mas pecadores. Vamos cuantos lo somos á refrigerar la sed que padece de nuestra salvacion, de nuestro arrepentimiento y de nuestras lágrimas; y no padeceremos nosotros la sed maligna de riquezas, de vanidades y de placeres ilícitos, que aumentan el tormento de que se queja nuestro Redentor. Nadie podrá, Jesus

mio, daros refrigerio, si el amor nunca dice basta; vos mismo sereis el alivio de vuestra sed, reparándola con nosotros, que lo tengamos de morir mil veces antes que ofenderos.

Como la cándida
Bella azucena,
Cuando ya faltale
Vital humor,
Marchita, lánguida,
Y en pié con pena
Se inclina, y ríndese
Al sirio ardor;
Sed ardentísima
Así padece,
Y de ella quejase
Mi Redentor.

¿Quién es el bárbaro
Que no le ofrece
El refrigerio
De pocas lágrimas
Por tanto amor?

ORACION.

Piadosísima María, vos sola podeis explicar la sed ardentísima de vuestro Hijo Jesus. La sed de nuestra contricion, de nuestra salvacion, y del amor que debemos á nuestro Dios, es la que le atormenta. Vos sois la fuente del amor, el mar